

«un cristiano impaciente» grita en españa

josé jiménez lozano
 ensayo y novela
 al servicio
 (crítico)
 de la
 fe

*Benardino M. Hernando
 Gabriel Campo Villegas
 Teófilo Cabestrero
 José Sierra Cortés*



misión abierta: al servicio de la fe

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

misión abierta: al servicio de la fe

dirige y coordina: teófilo cabestrero

con la ayuda de: josé sierra cortés.

colaboran en este cuaderno:

g. campo villegas: san antonio maria claret, 9. Zaragoza

b. m. hernando: acebo, 54. Madrid-16

es un cuaderno de la revista mensual «ilustración del clero», publicada por los misioneros del corazón de maria (claretianos). vol. LXVI, número 1, enero 1973

imprime artes gráficas e. m. a. depósito legal m-208-1958

suscripción para 1973 a todos los cuadernos: españa 300 ptas. - extranjero aéreo 10 dólares - extranjero ordinario 8 dólares

precio de venta de este cuaderno, 25 pesetas

misión abierta: buen suceso, 22. madrid-8

UNA EXPLICACION

¿Por qué dedicamos un cuaderno a la obra literaria de José Jiménez Lozano?

No se trata de un lanzamiento. (¡Valiente plataforma!, estos papeles de corta tirada y menguado alcance, afán de pocas manos perdido en la común tarea de edificar esa Iglesia que, por pobre e impotente, debe ser un extrañísimo signo de salvación en la imponente Babilonia de nuestra sociedad, maratón de poderes y de golpes de éxito). No.

Tampoco presentamos a J. J. L. como modelo de nada.

Jiménez Lozano no quiere —ni necesita— rampas de lanzamiento y nunca nos perdonaría que lo pusiéramos en un escaparate o en un altar. «Me asusta un poco», reaccionó ante nuestra iniciativa. «Uno escribe para desahogarse y pensando en que unas cuantas personas pueden tener los mismos fantasmas, o para iluminar modestamente algunos problemas como los de nuestra convivencia civil y religiosa.» No, no intentemos mitificarle. Quede José Jiménez Lozano en lo que es y en donde está. Y, ahí, en su ser y en su sitio, cada uno verá si le dice algo.

Nos parece a nosotros que lo que viene diciendo J. L. en sus papeles, en sus libros y artículos (1), es serio. Nos parece oportuno para quienes hoy tienen preocupación religiosa, o, simplemente, inquietud cultural y humana, y muy

- (1) *Un cristiano en rebeldía*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1963 (2 ed. 1968).
El aggiornamento del papel del laico en la Iglesia. Barcelona, 1966.
Meditación española sobre la libertad religiosa. Destino, Barcelona, 1966.
El ateísmo en España e Hispanoamérica. Fontanella, Barcelona, 1970.
Historia de un otoño. Destino, Barcelona, 1971.
El sambenito. Destino, Barcelona, 1972.

Escribe habitualmente en «El Norte de Castilla» (Valladolid), «Destino» (Barcelona), «Informaciones» y «Vida Nueva» (Madrid).

saludable para los que andamos ocupados en esto de la fe y la Iglesia de Jesús. (¿Cabría en ello ocupación sin preocupación seria? No cabe, pero los dedicados tenemos la rara habilidad de conseguirlo.)

En el conjunto de la obra de Jiménez Lozano vemos (entre otras cosas) una defensa de la seriedad de la fe y de su libertad frente a las banalizaciones reales y posibles, que, desde fuera o dentro de la Iglesia, intentan jugar con ella: contra los abusos de siempre y ante los riesgos de ahora. Este tipo de defensa, siempre necesario, acaso sea ya indispensable medicina para nuestros males, pues se han despertado, unos a otros, todos los vientos de esas banalizaciones de la fe.

El hecho de que Jiménez Lozano sea un seglar, da hoy fuerza al grito que oímos en sus páginas. No es la atracción de la novedad o el escándalo que hace veinte años pudo tener el que un seglar escribiese de cosas de fe y de Iglesia. Es que hoy, en una Iglesia que no acierta a desclericalizarse precisamente cuando ella lo quiere, porque hay muchos que se aferran al viejo clericalismo cuando algunos quieren despegarse de él y otros van hacia clericalismos nuevos (como si esta Iglesia se viese condenada a ser clerical y distinta siempre del pueblo, lo mismo si se pone a su cabeza que si sigue detrás), es bueno que un seglar independiente y libre («impaciente» y «rebelde» se firma y se afirma J. J. L.) grite en un tono anticlerical como el suyo, inteligente y socarrón hasta ser volteriano. Una voz así tiene registros contra todos los clericalismos y por eso conviene que suene y resuene entre nosotros, en medio de otras voces.

Confesamos nuestra turbación al presentar estas páginas por el respeto que nos da una obra tan personal e independiente como la de Jiménez Lozano, y por saber que no sabemos presentarla en su medida, en su envidia, en su sabor propio. Nos serenamos, esto sí, nuestra llaneza de intención y la confianza que nos da el hombre a quien tememos desfigurar. Nos serenamos hasta permitirnos ver la obra de Jiménez Lozano con respetuosa libertad crítica.

(1) Un cristiano en rebelión. Ed. Sigüeme, Salamanca, 1963 (2 ed. 1968).
El aggiornamento del papado del lado de la Iglesia. Barcelona, 1966.
Meditación española sobre la libertad religiosa. Destino, Barcelona, 1966.
El sistema en España e Hispanoamérica. Pontualia, Barcelona, 1970.
Historia de un otoño. Destino, Barcelona, 1971.
El sacerdocio. Destino, Barcelona, 1972.
Escrito habitualmente en «El Norte de Castilla» (Valladolid), «Destino» (Barcelona), «Informaciones» y «Vida Nueva» (Madrid).

INTRODUCCION A "LOS PAPELES" DE JOSE JIMENEZ LOZANO

benardino m. hernando

No necesita presentación Bernardino M. Hernando. Sus libros y sus colaboraciones (Informaciones, Vida Nueva, Hechos y Dichos, Pastoral Misionera) están aquí, ahí, allá. A él le hemos pedido que nos introduzca en los escritos de ensayo de J. J. L. porque conoce bien la obra y la persona de este autor.

«... Me da miedo pensar que haya podido usar, aun inconscientemente, la cruz... como una pantalla... tengo miedo de haber sido parcial, violento, de haber herido a alguien o haberme reído de alguien. Tengo miedo de haber dicho la verdad, añadiendo a ello el placer de hacer, o gozándome de que la verdad estuviese de la parte de mis ideas y sentimientos. Tengo miedo, en fin, de no haberme aproximado siquiera al temperamento cristiano...

Y sé que seguramente nunca llegaré a poseer ese temperamento, como nunca llegaré a ser buen cristiano, la cosa más difícil de este mundo. Pero sé que he hecho las cosas buenamente, lealmente, sencillamente; como un hombre trabajaba su campo...»

(José Jiménez Lozano. «Un cristiano en rebeldía»)

José Jiménez Lozano no es un santo padre. Aunque la verdad es que se enfrenta con el perpetuo riesgo de que los frívolos le tomen por tal. Es un creyente muy sólido, pero muy por libre, absolutamente negado para toda clase de utopías y con un picor irrefrenable en el alma. Es un hombre dispuesto a dar toda su función a los ojos con que le nacieron, teniendo en cuenta que los ojos no son aparatos mecánicos puros, sino conectados con el cerebro. Jiménez Lozano comete a cada instante la osadía de pensar por su cuenta. Se equivoca, tiene miedo, maneja la ironía, monta en personales cóleras y mete puñales vivos con mango de historia en la entraña más actual. ¡Dios me libre de acusarle de violento! Acaso es un pacífico al que le hierve la sangre del sentido

común. De vez en cuando se desconcierta y asegura muy serio que no entiende «nada de nada». Con el agravante de que sus lectores entendemos mucho más de todo —o un poco más de algunas cosas— al leerle.

Sospecho muy fundadamente que estamos, señores, ante un campesino cazzurrísimo con mucha sabiduría, con pocas ambiciones mundanas y enormes dosis de humor. La mezcla es explosiva. Y ahí están sus cientos de artículos para demostrarlo.

Yo también tengo derecho a confesar mis miedos. Por lo menos el que ahora mismo me acosa: escribir sobre Jiménez Lozano y dejar que se me escape entre las teclas de la máquina como un diablo cartesiano. De todas formas no voy a preparar ninguna tesis doctoral a su costa, ni siquiera a construir minuciosidades rigurosas con citas al por mayor. Sólo se trata de escarbar un poco.

Encuadre provisional

En este país, que fue tantos años colonizador, se han sufrido durante los últimos siglos toda una serie de colonizaciones como si de una revancha histórica se tratara. Colonizaciones o cuasicolonizaciones que van desde lo filosófico a lo teológico, lo artístico o lo económico. Hemos ido con una mansa rabia en la cola de muchos furgones. Y quizá el más llamativo de esos furgones haya sido el francés. Años y años se ha vivido aquí de lo que pensaban y escribían los franceses. O para copiarlo o para vomitarlo, que eso es lo de menos.

Cuando, en el terreno de lo religioso, se suele decir que no tenemos seglares de altura, me dan ganas de sonreír. Porque la pura verdad es que tampoco hemos tenido eclesiásticos demasiado elevados. Hablo de escritores, de hombres con ideas originales no-prestadas. Hombres con un acervo de lecturas digeridas y capaces de pensar por su cuenta. Pero no es del todo verdad que «no tengamos seglares». En los años 50-60, España ha contado con un grupo de escritores laicos que han escrito de temas religiosos con hondura y originalidad, con fuerza. Los universitarios de los años 50 pudimos alimentar nuestro tímido y tantas veces desconcertado «progresismo» —¡de alguna manera hay que entenderse!— en laicos como Ángel Álvarez de Miranda, Pedro Laín, Ruiz Jiménez, Aranguren (su «Catolicismo, día tras día» de tan feliz recordación), García Escudero... En 1956 apareció un libro importante, libro-clave que a pesar del barroquismo con que estaba escrito y del olvido que luego lo encubrió, fue y sigue siendo libro fundamental: «En tierra extraña», escrito por... ¡una mujer!, Lili Álvarez. Más tarde llegaron Lorenzo Gomis («El sermón del laico», 1959), Miret Magdalena («Los nuevos católicos», 1966), Alfonso Carlos Comín («España, país de misión», 1966)... Libros pensados, sinceros, valientes.

A este contexto laico de escritores religiosos pertenece José Jiménez Lozano. Contexto que sólo muy en parte constituye algo así como «generación pensante». Mientras Laín, Ruiz Jiménez, A. Miranda... estuvieron unidos por

amistad y coetaneidad en las cátedras universitarias, mientras Gomis y Comín tienen el lazo común de la revista «El Ciervo», y Miret perteneció, con cargo directivo, a las filas más comprometidas de la Acción Católica; José Jiménez Lozano es un francotirador sin retaguardia que le arroje. No es hombre de grupo ni nunca ha querido serlo, aunque jamás niegue su colaboración a cualquier empresa que merezca la pena, «...yo me moriría tratando siempre con el mismo tipo de personas, así fueran la crema de la inteligencia...», ha escrito recientemente. No es Jiménez Lozano hombre de tertulia fija, ni escritor que responda a consignas, confabulaciones o ideas de moda. Por ello no puede ser encuadrado aquí o allá. No es un escritor coleccionable. Por eso, con toda clase de escrúpulos, y sólo para entendernos un poco, cabe en este enjuto panorama laical.

Estas siete virtudes

No quisiera dar una interpretación «barroca» a los escritos de Jiménez Lozano porque recuerdo que él escribió una vez: «me asfixio en ese mundo kafkiano de interpretaciones barrocas de lo que uno ha escrito con sencillez». Pero no hay más remedio que enhebrar con un cierto orden dejando constancia de coherencia, las ideas del escritor.

Todos tenemos manías. Lo que puede salvarnos es que estas manías sean nobles. Nunca me ha parecido que el tener pocas ideas fuera síntoma de pobreza intelectual. La pobreza está en tener pocas ideas y malas. Un intelectual se pierde cuando sus manías y sus ideas se convierten en «tics» ideológicos, en meras reacciones, en guiños elementales.

La obra de Jiménez Lozano —desperdigada en artículos y mínimamente recogida en libros («Un cristiano en rebeldía», 1963; «El aggiornamento del papel del laico en la Iglesia», 1966; «Meditación española sobre la libertad religiosa», 1966; apéndice al libro de H. Arvon «El Ateísmo», 1970..., aparte sus novelas)— puede condensarse en torno a un grupo de nobles ideas-manía que nunca llegan a ser tics. Pocas ideas, pero grandes y nobles, de las que hacen vivir con dignidad. Que luego se viva o no es otro cantar que aquí no vamos a interpretar.

El catecismo que yo estudié decía que... «contra estos siete vicios hay siete virtudes». No me gustaba aquello. Parecía dar a entender que primero era el vicio, la enfermedad como quien dice, y luego venía el medicamento. «El veneno y la triaca» que escribió Calderón hablando del pecado y los sacramentos. Supone toda una concepción de la vida a contrapelo. Algunos teólogos dicen que la Encarnación hubiera tenido lugar aunque el pecado original no hubiese existido. Encarnación de Dios con otro sentido, claro está: como pura manifestación del Amor. Esto me convence. La vida como juego de valores que sobrevienen a contrarrestar los vicios, me parece pobre, paupérrima. Estoy

convencido de que lo fundamental son las virtudes y de que los vicios son virtudes degradadas. Mejor, pues, aquello de «contra estos siete vicios hay siete virtudes» sería proclamar «estas siete virtudes tienen la oscura escolta de siete vicios».

La idea-madre de la libertad

La obra escrita de Jiménez Lozano se mueve a impulsos de un haz de ideas-fuente, de virtudes ideológicas, de valores fundamentales. Todas sus fobias —la palabra me disgusta, pero no encuentro otra—, sus malos humores, sus justificadas pataletas, existen en función de una lúcida mirada sobre «lo que debería ser», sobre un ideal noble de vida basado en la libertad, la verdad, la sencillez, la inteligencia y su obligada secuela «el sentido común».

El cultivo entusiasmado que José Jiménez Lozano ejerce de la libertad, por ejemplo, condiciona su inquina contra todo fanatismo, absolutismo, esclavitud y sus inevitables secuelas históricas: Inquisición, guerra, idolatría. J. L. dedica parte de sus mejores esfuerzos a la investigación sobre los fanatismos, a la tentacular proyección histórica de la Inquisición, del brutal absolutismo de cierta parte de la historia de España. La idea de «libertad», es sin duda, la pepita, la más fecunda semilla escondida en el pensamiento y la palabra de J. J. L. A su luz están vistas realidades tan cristianas y humanas como la debatida «pobreza». «Su pobreza garantiza su libertad y su libertad su pobreza», ha escrito refiriéndose a Bernanos. Jiménez Lozano, que no es un santo padre ni un cristiano perfecto, vive en las afueras de un pueblo de campesinos sin rumores elegantes, ni lujos esclavizadores. Se ha liberado de la vida ciudadana, aunque cada día tenga que viajar a la ciudad. No me cabe duda de que su sistema campestre quiere ser signo de libertad personal.

A Jiménez Lozano le llueve sobre mojado, le hiere sobre llaga abierta todo atentado contra la libertad: desde la Inquisición hasta la censura, desde una sociedad de consumo uniformadora e imbécil hasta el prurito de atosigar a la gente con prohibiciones y recortes de espontaneidad. «También Einstein llevaba el pelo largo», grita en defensa de quienes deseen «porque les da la gana» llevar el cabello largo. Y que esta libertad humana pueda conculcarse nada menos que en nombre de la Fe cristiana (¡oh, la libertad de los hijos de Dios!) es algo que a J. L. indigna hasta el párrafo hiriente y despreciador. La Fe es la suprema libertad, incluso con el riesgo del error. Porque la Fe es una opción, un ejercicio libre. Jiménez Lozano ama a quienes erraron por haberse arriesgado personalmente y no siente especial aprecio por los ortodoxos del rigor encajonado que renunciaron a todo riesgo en aras de una fidelidad bastante poco «inteligente». No porque la Fe sea pura cuestión racional, sino porque la Fe, como acto humano, tiene que estar asentada en la inteligencia, aunque la rebase con creces.

La Iglesia como «casa de la libertad y el amor» es un concepto muy querido para J. L., y por eso reacciona más violentamente contra todo impulso esclavizador nacido de ciertos estamentos eclesiales. No porque la Iglesia deba carecer de estructuras y dogmas, sino porque estos han de estar al servicio de Dios y de los hombres y no establecidos por el capricho de la dominación. «La Iglesia no es un baluarte de nada, sino la Madre de todos los hombres». Antes que cualquier otra cosa, la Iglesia es un espacio de «pro», de actividades positivas, no de negaciones o temores. De ahí la indignación que produce toda instrumentación de la Iglesia en defensa de una clase social, de una política determinada, de una clasista escala de valores. El análisis incitante que hace J. L. de la Iglesia en España en su estudio sobre la libertad religiosa parte de esa confusión que parece connatural en la raza hispana de utilizar la religión cristiana como defensa, como escudo o como lanza de patrioterismos y politiquerías.

Pero «la libertad» no es relativismo ni aséptica neutralidad. Es opción, riesgo y compromiso. Y la independencia religiosa del mundo no es olvido de los valores religiosos, sino riesgo de asumir sus propias virtualidades sin andar amparándose medrosamente en fortalezas espiritualistas.

Jiménez Lozano no es cristiano «piadoso» al uso de quisquillosidades rubricistas. Por eso puede «escandalizar» tanto a fariseos como a pusilánimes. Y por eso su creencia cristiana rima tan a gusto con ciertos ateos serios, con ciertos espíritus libres y nada cristianos. Mejor que con la fe defensiva y temerosa de algunos «fieles».

Jiménez Lozano es, en una palabra, un hombre libre, pero nada «libertino», porque si algo le atrae tanto como la libertad es la seriedad, el rigor mental, la verdad-claridad envuelta en los paños de la sencillez. (Y acaso me estoy pasando de listo e ingresando en la cursilería con estos distingos bobalicones. Uno es bastante menos «libre» que Jiménez Lozano, por desgracia.)

El amor a la inteligencia

«Nada más corrosivo que la tontería», ha escrito él. La estupidez humana, con sus mil disfraces de mentira, idolatría, ampulosidad..., indigna a J. L. hasta extremos insólitos: ¡hasta hacerle añorar a la Inquisición! Más de una vez ha echado de menos una inteligente intervención inquisitorial sobre las varias y seculares formas de la estupidez humana. Entre los españoles de hoy quizá ninguno tan dotado como José Jiménez Lozano para reescribir un nuevo «elogio de la locura» erasmiano, con muchas matizaciones. El, que defiende la inteligente moderación, la comprensión y el pluralismo, sale de sus casillas ante cualquier signo de tontería. Y una vez, ante las palabras insensatas de cierto clérigo, exclamará: «y yo ahora me quedo con las ganas de llamarle a él reaccionario y fascista y qué se yo. Y también esto es muy grave».

Efectivamente lo es. El amor a la inteligencia no mata del todo la fuerza



instintiva y en nombre de la libertad se pueden cometer pecados. Aunque se quieran justificar con la noble lucha contra la tontería. A Jiménez Lozano le gustaría suprimir la bobez por decreto y acaso eso fuera tan malo como matar la inteligencia o imponer por ley la sensatez. A. J. L. le dan repelús los tipos solemnes y apuesta descaradamente por los «pobres» evangélicos, por la gente del pueblo, por los sencillos. Por eso ama tanto a Juan XXIII, y por eso vive en el campo, cerca del buen sentido de los hombres del entrañable labrantío. Lo último que J. L. sería es escritor áulico, escribano de recámaras y togas. La «gente gorda, la gente bien, los faraones» le caen decididamente mal, muy mal. Aunque lleven mitra o calcen sandalias papales. Es muy posible que en ese transfondo se oculte una radical timidez personal no exenta de complejos (Freud, tan respetado por J. L., tendría algo que decir), pero bendita timidez que lleva a justísimas fobias en nombre de una sinceridad inteligente, sobria, profundamente humana.

Sencillez en el género de vida, sencillez en el lenguaje, sencillez en los gustos. Toda hinchazón es mala y de eso sabía un poco el bueno de D. Miguel de Cervantes. Desde la hinchazón física a la moral, todas son signo de enfermedad. Y quien desee llevar el ejemplo hasta extremos peligrosos y argüir con la hinchazón del vientre materno, promesa de fruto, más le valdrá discernir cuidadosamente porque también en medicina algunos galenos confunden la preñez con ciertos tumores y aun existe un tipo de embarazo absolutamente imaginario, como aquel de la reina Tudor. Personalmente me apunto a la lucha contra toda hinchazón en general. La lucha de Jiménez Lozano que, por no tener, no tiene ni estilo literario preconcebido, y una medalla o un diploma, un nombramiento o un homenaje, le caerían como a un diablo una estola blanca, pero al revés.

«Hay un complot de las personas importantes contra la infancia», escribe. Jiménez Lozano no entra en tal complot. Tiene tres hijos y su nombre podría figurar en una supuesta lista de amadores de la infancia por lo que ésta tiene de evangélico, de sencillo, sincero y un poco cruel. Con la crueldad espontánea de quien salta por resortes instintivos. Esta rara mezcla de ingenuidad y criba intelectual, de amor-ternura e indignación, de escepticismo y capacidad de ilusión... hace de Jiménez Lozano un explosivo elemento catalizador. Un tipo necesario para azuzar sociedades, un «excitator Hispaniae», como Curtius llamó a Unamuno. Un quirurgo de hinchazones, aunque su bisturí se pase, a veces, y saje algunas carnes sanas. Ya se sabe que «más vale entrar cojo o tuerto en el renio de los cielos...»

Una mirada sobre el mundo

«Hay días en que, efectivamente, la historia humana sólo parece una siniestra aventura y resulta difícil creer en la especie y, ahora, cuando se despre-

cian tan olímpicamente los valores religiosos, el sabor cómico que tiene esa aventura es tremendo».

No, Jiménez Lozano no es un optimista. Ni su mirada es tan tierna como la de la inocencia. Sus tentaciones de derrota y desprecio salen a flote muchas veces. Es consciente de ellas y tras cada línea de furor suele haber un signo de arrepentimiento. «Estamos acorralados por la maravilla de la tierra y la única esperanza de la cruz.» Estamos acorralados por el desprecio y la ternura, por la esperanza y la decepción. Y en cada acoso de tales tentaciones, J. L. deja un poco de lana entre los alambres de púas. Y si, como él mismo dice, «de los hombres que nunca han llorado, poco bueno se puede esperar», de los que nunca se han indignado o de los que jamás han sentido el cosquilleo del amor enternecido, nada se puede esperar. J. L. lucha siempre entre la indignación y el estremecimiento amoroso que sabe disculpar. Y en la lucha se reparten victorias uno y otro. «Hay días en que resulta muy difícil creer en los hombres como en algo que merezca la pena (...pero es entonces) seguramente cuando hay que ejercitar la esperanza con todas nuestras fuerzas.»

Difícil, terrible postura. Quedarse ciegos o verlo todo de color de rosa sería mucho más bonito. Ver, mirar, retratar la verdad humana y vencer el desprecio con la esperanza, no ser un iluso y luchar por la espera ilusionada, saber la podredumbre y buscar incansablemente las raíces de la pureza... es el fardo tremendo que J. L. se ha echado a las espaldas. Entiendo muy bien que a veces le pese demasiado.

El amor que Jiménez Lozano siente por España, «cada vez más profundo y desgarrado» («Esto de ser español es algo realmente apasionante, pero, con frecuencia, también difícil de soportar»), le hace escribir algunas de las frases más duras que sobre el país pueden leerse; le hace lamentar el subdesarrollo cultural, el tonto mimetismo que invalida tantos aparentes hallazgos, la falta de ideas y la sobra de inútiles tópicos, la sospechosa religiosidad tan vacía de hondura y formación como llena de «intereses» y mal folklore; el «homo religiosus hispanicus», intolerante y combativo, tantas veces cerril y lenguaraz, no es santo de su devoción. Para J. L., mucho más lamentable que no pertenecer al Mercado Común político-económico es seguir sin pertenecer al Mercado Común de las ideas. España perdió, en dos ocasiones principales la oportunidad de esa pertenencia, la oportunidad para no ser... «tan» diferente: la época de la Contrarreforma y la de la Ilustración. De ambas salió fortalecida la España más cerril.

No, no es que España sólo tenga defectos. También tiene muchas virtudes. Lo malo es que los defectos son tantos y suelen andar hasta tan oficialmente protegidos que conviene meter el bisturí.

(Digamos, un poco en voz baja, que Jiménez Lozano es uno de los mejores estudiosos, sin ínfulas profesoriales, pero paciente, riguroso, con una inmensa

curiosidad, de nuestro siglo XVIII y sobre todo de la lucha establecida desde siempre en el país entre estancamiento y renovación.)

Su lista de "sospechosos"

Jiménez Lozano es redactor de «El Norte de Castilla», de Valladolid. Allí trabaja todos los días. Escribe habitualmente en «Destino», de Barcelona; en «Vida Nueva» e «Informaciones», de Madrid. En cada uno de esos espacios va volcando su vida: sus lecturas, sus reflexiones y hasta las menudencias domésticas o amistosas de cada día. Unas menudencias que rebasan con creces las zapatillas familiares. Su increíble capacidad de lectura y asimilación (¡se le nota la lentísima paz del campo, aunque en casa den guerra tres chavales!) le permite darnos datos y apuntes de situaciones históricas y escritores olvidados. Y entre situaciones y escritores tiene sus preferencias. Ahora que la gente se vuelve loca con el último éxito de moda, Jiménez Lozano permanece fiel a sus «amigos», raros amigos escandinavos, rusos o franceses. «Sospechosos» amigos que nada tienen que ver con ningún «boom» de «gauches» más o menos divinas. Laxness, Kierkegaard, Lagerkvist, Mauriac, Mounier, Bernanos, Bloy, Péguy, Chejov, Malraux... Buena compañía.

Este hondo e inquieto campesino que piensa y escribe lealmente, como un hombre que trabaja su campo, no se divierte con lindezas literarias ni regodeos estéticos. «Naturalmente, soy sensible a la belleza literaria, pero con tal de que tenga algo dentro o sea tan superabundante que conquiste por sí sola y aun en este caso siento escrúpulos: ¿están los tiempos para estos juegos del espíritu?»

No parece que los tiempos estén para estos juegos, aunque sean del espíritu. Jiménez Lozano no juega a nada. Ni siquiera al oficio de poner cascabeles a casi todos los gatos. Labra con seriedad su campo, que a veces produce agraces y otros frutos maduros, pero nunca piruetas divertidas. Jiménez Lozano tiene ternura suficiente para rubricar las frases más crueles y sabe llorar, porque «poco puede esperarse de un hombre que no sabe llorar». Jiménez Lozano es él mismo un tremendo «sospechoso» de una raza de españoles que, por fortuna, no parece dispuesta a agotarse.

Amigo y fervoroso de Américo Castro, a quien le unían tantas cosas por encima —o por debajo— de la fe cristiana que no compartían, de cierto talante unamuniano, viejo camarada mental y cordial de don Antonio Machado, Jiménez Lozano hurga y hurga en el ser de España. Es muy posible que hace dos o tres siglos le hubieran quemado en la hoguera y seguro que hoy le quemaran mil hoguerillas a derecha e izquierda. Porque no pertenece a ningún grupo de gladiadores, lucha desde su arena particular muy al margen de tanta batallita estúpida y politiquería ciudadana. No es ni siquiera progresista al uso. Ahí está con su paz alterada y sus instrumentos de cirujano privado. Yo a veces me pregunto si un buen día no nos saldrá con un libro que se llame «El campesino del Pisuerga». Todo puede ocurrir.

Bernardino M. Hernando

"EL SAMBENITO". ANTE LA INQUISICION EN PARABOLA

gabriel campo villegas

Entre las dos obras de recreación histórica novelada de José Jiménez Lozano, hay quienes prefieren «Historia de un otoño» a «El sambenito». Pero «El sambenito» es más reciente y más española. La presenta Gabriel Campo Villegas: treinta y nueve años, claretiano, con más de un buen libro en la calle («El pecado del justo», novela, Plaza y Janés, 1963; «Relatos de última hora», Zyx, 1971) y con folios entre manos; en su cajón, terminada, «Noche sacrílega», novela.

La última obra de Jiménez Lozano (1) es un aguafuerte dolorido y fantasmal, cáustico, de la crisis que agita los espíritus en la España de fines del XVIII. España, desde Felipe II, es una vieja fortaleza hermética y desolada, llena de angustias y de terrores, que mira fascinada hacia Europa, desde su catolicismo de invernadero.

Jiménez Lozano nos la presenta a través del juicio inquisitorial seguido contra Pablo de Olavide, uno de los grandes de la época, escogido por el Santo Oficio como cabeza de turco para advertencia de todos los ilustrados «que ocupan empleos lucidísimos en la república de estos Reinos o enseñan en Universidades y colegios, lobos crueles blanqueados con la casaca de lana del inocente corderillo para mejor inficionar la vértebra y el mesenterio, el tuétano y el intestino de la sociedad entera y sobre todo de los tiernos jóvenes en edad agraz y peligrosa por su inexperiencia» (pág. 49).

Lo de menos es, pues, la anécdota, el «caso Olavide». En Olavide se está juzgando y condenando toda la cultura moderna. En torno a su figura vacilante y contradictoria, se mueven los inquisidores y los ilustrados, las dos Españas antagónicas e incompatibles.

(1) «El sambenito», 1972. Edic. Destino «Ancora y Delfín», 396. Barcelona.



«¿Por qué, España —se pregunta Duval—, tus hijos siempre han de *vivir con miedo*? ¿Los ilustrados tienen miedo de los inquisidores y los inquisidores de los ilustrados?» (página 80).

Lo primero que nos impresiona es *el poder, la omnipresencia y el fanatismo de la institución inquisitorial*, ante la que tiemblan todos: desde el último frailuco tocado de ideas «liberales», hasta Roda, ministro de Justicia de la corona, el mismísimo Gran Inquisidor e incluso el Rey de las Españas.

«—El Rey sólo tiene miedo —dice el Gran Inquisidor—. Miedo de condenarse, si estorba la voluntad de la Inquisición» (pág. 84).

Desde Roma (¡Roma!) la califican de «*policía política*», con un tecnicismo ancestral que resuena lúgubremente en el lector contemporáneo.

«...que la Inquisición se mete en todo y es concubina y policía política, y que los obispos, a quienes encomendó Cristo el gobierno de su Iglesia, están atados de pies y manos.» (página 137).

Tremendas palabras que entreabren una ventana-abismo sobre la «*originalidad*» (¡España es diferente!) *del catolicismo español*, para el que la política es religión y la religión, alta política.

Roda, el ministro de Justicia, no se atreverá a enviar un piquete de soldados que irrumpen en la sala inquisitorial, en la que se le alude y se le ignora como autoridad. El fiscal, Campomanes, oye, aterrado, cómo su nombre se menciona en los autos y no precisamente para ensalzarlo (pág. 57).

«Su aspecto semejaba más bien el de un condenado» (pág. 40).

El Gran Inquisidor, obispo de Salamanca, con una dotación de 600.000 reales de renta, confiesa que «él no es allí más que una rueda en el engranaje» (página 82).

«¿Acaso he dictado yo una sola línea en todo este asunto?» (pág. 82).

«Se dió perfecta cuenta de su situación: él era allí otro prisionero y, en el fondo, otro acusado» (pág. 126).

¿Quién o qué es, pues, la Inquisición, «un cristo, dos candeleros y tres majaderos» (pág. 56), ese poder omnímodo enquistado en la estructura del Estado, con unos poderes represivos y decisorios, en los dos fueros: en el judicial y externo y en el de la conciencia? Sus miembros se esconden en la sombra. Pueden estar en cualquier sitio: bajo el hábito remendado de un fraile limosnero, en la secretaría de un tribunal o detrás de los ojos de un «falso ilustrado». Su poder se acrecienta con el sigilo, la sospecha y el anonimato. Su sombra o su recuerdo crean por doquier la angustia, *un terror totalitario y eficaz*.

«...el conde del Aguila nos informaba de esas malditas tertulias *bajo pena de excomuniación y proceso* si revelaba al acusado que le habíamos preguntado por ello...» (pág. 90).

Manuel Lázaro, el buen secretario de Olavide y novio de su doncella, Caticha Dupont, acaba confesando y acusándose:

«...más le obligó la maroma de su conciencia cristiana que no la dejaba sosegar y se denunció a sí mismo como cristiano arrepentido, aunque la Caticha le decía:

—Te dejo que me beses, si no te denuncias» (pág. 91).

¿Quiénes son los inquisidores? «Una curiosa mezcla de cosas opuestas —re-

conoce el Gran Inquisidor—. Hay inquisidores estúpidos y violentos, los hay piadosos, e inteligentes, y los secretarios suelen hacer *una mezcla de tontería, brutalidad, misericordia y unción*, verdaderamente religiosas, y alta teología. El resultado es como un explosivo. Si el que escucha esa mezcla es un hijo de la Iglesia, se quedará sólo con la piedad y la buena teología. Pero *si es un descreído tiene que divertirse. Ni Voltaire desacreditaría mejor las cosas santas*» (página 125).

De cuando en cuando se alude, lóbregamente, a los «familiares», como un «era de los nuestros». El «Consejo de la Suprema» aparece como un verdadero «presidium» totalitario, cerrado y siniestro, de cuyas decisiones *no se puede apelar a nadie*, ni al Rey ni a Roma. Verdadero *órgano fiscalizador de la vida de la nación, de sus estructuras, de su enseñanza, de su conciencia, hasta de la vida íntima*.

Periódicamente, y con motivo de alguna «apertura» cultural o extranjerizante de los ministros de turno, la Inquisición reclama sangre, para hacer valer sus derechos y recordar a los progresistas que *ellos están allí*, dispuestos a todo.

Los que caen bajo su zarpa están perdidos. Su sentencia está dictada de antemano. Sus autos son una tramoya montada sobre «pruebas», «sospechas» y «deducciones» ambivalentes, si no estúpidas, y sin garantía de objetividad. Entre parrafadas barrocas y retorcidas consideraciones, se entrevé su espíritu cerril, resentido, cavernario... y, por supuesto, patriotero.

«Se declaraba que la casa del acusado era tertulia de descreídos, que a su mesa se serían viandas refinadísimas aderezadas con especias y cocinadas *al gusto francés*, y que era casi pecado de molicie, el escuchar allí, a todas horas, palabras del lenguaje galo, como «monsieur», «madame», «mademoiselle», que sonaban a los oídos castos *como cascabeles de lujuria*» (pág. 14).

Los inquisidores se consideran dueños y responsables directos de la fe y de las costumbres del país, que se están viniendo abajo por los desmanes de cuatro intelectuales de pacotilla, que van a beber fuera de España lo que aquí pueden encontrar en su pureza más ortodoxa. La añoranza paternalista de otrora provoca a los inquisidores plañidos de desconsuelo.

«Y que la España —dice el tribunal— era una laguna pacífica y bien concertada, mansa como un corderillo y humilde como niño bien educado en frailes hasta que llegó este viento airado y pernicioso de la ilustración» (pág. 109).

La xenofobia es algo obsesivo, que linda con frecuencia en lo caricaturesco. Francia es sospechosa en todo: en cultura, en filosofía, en ciencia, en libertad y libertades, en amor, en la lengua y hasta en la cocina y en el mueblaje.

«El otro «familiar» dijo:

—Huele a perfumes de la Francia.

—Del infierno —contestó el primero...» (pág. 85).

El padre Duval le dice a Caticha:

«—...No olvides que eres francesa, como yo, Caticha.

—Y cristiana.

—Sí, pero francesa, hija, no lo olvides; *allá en la Inquisición somos todos nosotros los que estamos siendo juzgados*, a la vez que don Pablo. No lo olvides.»



Italia tampoco se escapa del «sambenito», a pesar de ser la «tierra del vicario de Cristo». De «país de lujuriosos habitantes», la califican los inquisidores. El «mal del siglo», la ilustración, ha hecho, por lo visto, progresos hasta en *el mismo Vaticano*. Los cardenales están «tocados», *hablan mal de España y de su régimen inquisitorial*. Los «familiares» se estremecen ante tanta «leyenda negra» y tan escaso apoyo a las «instituciones católicas de la España».

«Y que nada hay que haya dolido más a este Tribunal que esas *noticias de Roma, tan injustas y feroces*. Pero que los ilustrados y el acusado no debían de hacerse esperanzas tan presto, porque *Roma estaba lejos y la Inquisición está aquí.*»

El resultado es el «terror negro», el miedo a todo y a todos, un miedo capilar y contagioso, que hace reír entre escalofríos. Nunca como aquí tan exacta la frase de Romans: «Ser de derechas es tener miedo de lo que existe».

El catolicismo español ha dejado de ser espontáneo. Es un catolicismo aterrado y suspicaz, receloso. En el fondo, ya nadie puede saber si es cristiano o no, si cree o no cree, o si su fe es la fe de la Iglesia.

«Cuando no hay libertad para ser lo contrario, dice el padre Duval, no puede saberse si todos los que aparecen como cristianos lo son de verdad» (pág. 72).

La esposa de Olavide, a quien siempre inculcaron «que el amor es pecado» (pág. 24), pregunta «qué religión le han enseñado y se practicaba en España que era tan peligrosa».

«—Yo creo lo que cree la Iglesia católica —dice Pablo Olavide, al sentirse amenazado por la Inquisición.

—¿Por miedo? —le pregunta el padre Duval—. No creáis entonces.

—¿Y quién no tiene miedo?

—Un cristiano» (pág. 118).

«Tenemos poca fe, estamos muertos de miedo y nos defendemos hasta empuñando la cruz y usándola como una espada. Confiscamos, aprisionamos y quemamos en nombre de Dios», le dice desgarradoramente Duval al Gran Inquisidor (pág. 63).

El terror religioso nunca es sano. Crea *extremistas* a derecha e izquierda, fanáticos y ateos. Y crea también la dictadura de las conciencias al servicio del poder, que se erige en custodio de la «ortodoxia a su estilo».

De ahí arranca, al parecer, el anticlericalismo ibérico, como reacción, y hasta el ateísmo. Jiménez Lozano ha sabido calar en ese siglo español y europeo que «produjo, como de la nada», al hombre escéptico y burlón a lo Voltaire, que habría de desatarse, a nivel de populacho, en revueltas, revoluciones, quema de conventos y matanza de frailes.

«—En esta cristiandad —dice Duval— hay cristianos como don Pablo, que *hasta aparenta no serlo para protestar* contra tantos hombres y tantas cosas que se llaman cristianos sin serlo» (págs. 157-158).

«—A los sabios persiguen Vuestras Mercedes —se atreve a gritarles un simple campesino en las mismas mazmorras donde está Olavide.

Y hacía sus deposiciones y necesidades corporales en los pasillos y en un papel dejaba escrito:

—Para los sotanazas.

Y así hasta la sola presencia de los filósofos en nuestros calabozos resultaba perturbadora» (págs. 111-112).

«Por frailes como él (*fray Romualdo, el denunciante*, un «fanático y un estúpido como todos los fanáticos» (pág. 76), «que se tenía por Papa y tirano de todas las conciencias y quemaría como herejes a todos los que no le toleraban sus intrigas y supersticiones ridículas» (pág. 92)), *nacía el ateísmo y el desprecio de la Iglesia*» (pág. 102).

Allí, y no en otra parte, está *la raíz del atraso español*, de la incultura «que pesa sobre estos Reinos», de la autosuficiencia patrioterica y estéril, de las represiones sexuales y vitales:

—«Una dama española —dice Isabel de los Ríos, amargada—: parir, sufrir, morir, ese es su oficio y destino» (pág. 26).

Al «cristiano viejo» le falta cultura y educación, y le sobra envidia y condecoraciones.

«Todos esos nobles rancios, que no saben manejar el cuchillo en la mesa, como yo no sabía, han sentido siempre envidia en esta casa. No había más que verles alhelados, cuando entraban por el zaguán y se tropezaban con aquellos tapices, con los libros y las alfombras, o se sentaban plácidamente entre caobas» (pág. 30).

A don Pablo «le ha perdido la envidia de estos zarrapastrosos que atesoran tierras y pergaminos...» (pág. 30).

«¡España, España! —dice, con acentos noventayochescos, Olavide—. Eres la más desventurada de las naciones» (pág. 107).

En España es un peligro pensar por su propia cuenta y un riesgo leer demasiado, aventurar opiniones o aceptarlas, si no son de rigurosa tradición.

«Nunca se había visto en español alguno de casta cristiana tal demasía y apetito, glotonería e inclinación a los libros y a los *peligros del entendimiento*» (página 17).

—«Mi padre —dice Isabel— era aficionado a los libros, pero los leía a ocultas. Y si le pedía yo uno para matar las noches del invierno, junto a la chimenea, decía:

—Isabel, hija mía, *no te quiero ver en aprietos* como a Santa Teresa. Te voy a casar para que me des nietos, déjate de libros y *sé una tumba sobre que me has visto leer*, si bien me quieres. Soy cristiano viejo y *no quisiera que los libros manchasen mi limpieza, ni que me lleven al «braseiro»...*» (pág. 32).

No digamos nada del anatema que aún pesa sobre las «opiniones» de Galileo acerca del moverse de la tierra en torno al sol, mantenido en todo su rigor doctrinal y docente «en estos Reinos»; así como la «absurda idea y espejismo de que los pueblos deben elegir a sus gobernantes» (pág. 44).

Los clérigos ilustrados son «peor que la peste». Ellos representan un índice del avance del mal y del «envenenamiento del organismo público». No «saben ya ser los perros guardianes de sus ovejas, ni la *policía de las almas* o el contraveneno de tantas pócimas» (pág. 54).

La «herejía y *el pensar libremente deben ser perseguidos* como moneda de Satanás».

Aquí no se hacen distinciones, ni se hila demasiado delgado, cuando se trata de ideas o filosofía.

Pablo de Olavide se ha equivocado de siglo, al nacer. En otros países, los tiempos están cambiando rápidamente.

«—Pero no en España —dice el Gran Inquisidor. España es una roca» (página 65).



Aquí, en España, se vive «a lo eterno», a los «valores definitivos». Por eso sobran las prisas y se sabe «esperar». No preocupa más que la fe y la infidelidad.

«Si uno mata al marido de su amante, puede esperar misericordia en estos Reinos, pero si quita una peana a una imagen, *ya es cosa de Inquisición, que nadie le perdonará*» (pág. 31).

La fe ya no es alegre, no puede serlo, en ese cultivo. *La fe está incrustada en el poder* y castiga con él, divide, maltrata, tortura. Duele tremendamente confesarlo, pero «es difícil ser cristiano cuando el dolor de un ser amado lo produce la misma Iglesia tan gratuitamente» (pág. 36).

El Gran Inquisidor podrá consolarse diciendo heroicamente que «*la cruz en España es dos veces más larga que en otras partes*», y que «*es inútil protestar, porque hay que llevarla como sea*»; pero no todos tienen su mismo temple. La dignidad, el orgullo de los ilustrados se subleva. Su misma *fe se hace vacilante, bajo la dictadura ideológica* que trata de imponérselos. Miran a Europa, a Francia sobre todo, como a una tierra de promisión. Como reacción a la xenofobia, todo *lo francés ilustra*, está de moda, sabe a una libertad estrenada secretamente. En la España infantil y paternalista de fines del siglo XVIII, los ilustrados representan la fiebre adolescente, borracha de libertades, de insolencia y, en el fondo, poco segura de sí misma.

Olavide no es «más que un niño perdido. Perdido en esta cristiandad tan cerrada, que no sabe de qué espíritu es. Exaltado y enervado tal vez por la terrible paz y calma de estos Reinos, que, a veces, parecen el Reino de la muerte» (página 161).

Pero la ilustración, como todos los términos político-religiosos, no tiene una faz precisa. Está de moda ser ilustrado, a fines del XVIII, como hoy lo pueda estar proclamarse socialista o democrático. Pablo de Olavide es un ilustrado, pero lo son también (¡y qué diferencia!) el padre Duval, el más moderno de todos los personajes de la obra, Voltaire y Aranda, Feijóo y el mismo rey, quizá. A veces «ilustrado» es un insulto o una amenaza, a veces es un elogio, a veces un pasatiempo o un juego de bazar de los intelectuales.

«Nunca se sabe bien lo que son —dice Duval—. A mí me da la impresión de ser cristianos trastornados por el siglo. Otras veces de ser cristianos por el sentimiento y el miedo, porque no se han echado de encima la fe que recibieron de pequeños y dudan si, tras la muerte, van a ser juzgados sobre esa fe. Pero me parecen ateos de razón o vagos deístas. En algunas ocasiones, creo que son cínicos, y, en otras, que Voltaire y Rousseau les han robado sus creencias y sufren en la duda y en la búsqueda de la fe perdida. He pensado si serán unos hipócritas y también si solamente unos niños que siguen la moda» (páginas 72-73).

—«¡Más le valiera no haber nacido! —dirá el Gran Inquisidor, irritado—. Nunca les consentiré que se burlen de la fe de los pobres y se la pisoteen. JAMÁS» (pág. 77).

En el fondo de los ilustrados se advina ya la hechura de la *próxima burguesía intelectual*, pagada de sí misma, atrincherada detrás de sus muebles lujosos,

de sus bibliotecas y sus cátedras y de su desprecio olímpico o benévolo hacia la plebe. Los «espíritus fuertes» no pueden adorar a Dios, porque adoran su propio ingenio. No pueden amar, porque su corazón, de tanto analizarse y analizar, se ha disecado. No podrán comprender nunca el Evangelio, ni el Cristianismo, porque su elegancia empedernida rechaza las bienaventuranzas.

«¿Cuándo rezan? ¿Cuándo aman algo o a alguien, siquiera a sus mujeres? Dan dinero a los pobres y se preocupan de hospicios y hospitales, pero ¿cuándo se dan ellos? ¿Cuándo les hablan y les consideran como hermanos? ¿Es que les consideran siquiera como personas? ¿Sabrían prescindir de su lujo para dar de comer a uno de esos pobres?... Un ilustrado español creerá en Dios y se llamará católico, pero se toma a Cristo a chacota o le confunde con otro ilustrado (¡idiotas!) y nunca, pero nunca jamás, comprenderá esas dos cosas: la castidad y la pobreza. Ambas le causan horror. Mucho más horror que la Inquisición...» (página 74).

La parábola de Jiménez Lozano es de una actualidad electrizante. Hoy, en España, hay también inquisidores e ilustrados. No se llamarán así, hasta les disgustarán esos apelativos, pero su espíritu continúa en pie de guerra. Integristas y progresistas, totalitarios y demócratas están de moda entre los cristianos. Unos a otros se espían, se interpretan, se caricaturizan. Unos tienen, al parecer, el poder —o por lo menos patente de corso—; y otros, la cultura y la popularidad universitaria. «El sambenito» amenaza también con posibles represalias, con marginaciones absolutas, con la policía de las ideas. Y el pueblo, la masa de los creyentes sencillos y alarmados, mira con estupor hacia uno y otro lado. ¿Qué ocurre en la Iglesia? ¿Qué está pasando en España? ¿Será verdad lo que dicen los «unos» de los «otros»?

Y la parábola cobra sentido histórico, profundidad genética, al reconocer en «aquellos polvos» de ilustrados e inquisidores furibundos, gran parte del drama del siglo XIX, de los golpes de Estado, pronunciamientos y constituciones, guerras civiles y emigrados, de las matanzas de curas y de los períodos de absolutismo integral.

Reconstruir el pasado, con honradez, puede ser tan clarificador como oportuno. La novela «histórica» de Jiménez Lozano apunta, es verdad, hacia la caricatura de una inquisición decadente y amargada. Pero está escrita sin acidez. El lector sonrío, benévolo, cuando la prosa de Jiménez Lozano se hincha o se adelgaza, se remansa en una anécdota gruesa o en una alusión desorbitada o picaresca. Más de una vez cree uno tropezarse con ese mundo pequeño y malintencionado de la aldea o de la adolescencia, en que se llamaba al pan, pan, y al vino, vino. En otras ocasiones, cuando el diálogo afronta la amarga verdad de las vidas sacrificadas a la institución, o a la «integridad de altar y trono», o cuando se plantea, en términos exactos, el derecho de los hombres a pensar por sí mismos, a crear sólo lo que encuentran justo y a denunciar libremente lo que es inhumano, se da uno cuenta de que los disparos de Jiménez Lozano apuntan hacia el presente más inmediato y sugestivo.

Gabriel Campo Villegas

ENCUENTRO CON JOSE JIMENEZ LOZANO

teófilo cabestrero

José Sierra Cortés y yo preparamos unos temas para una conversación, o unos diálogos, con José Jiménez Lozano. Nunca había hablado con él. Le conocía por sus escritos (sabes bien cuando en unas pocas páginas conoces parte del hombre que las escribe, como sabes que de algunos escritores ignorarás cómo son, aunque les leas veinte libros, si los aguantas).

Admiro a Jiménez Lozano desde que, hace un par de años, le leí cosas que vengo creyendo que son saludables. Y quise, desde entonces, encontrarle para escribir algo sobre su obra y su pensar, con el fin que tienen estos cuadernos: esa comunicación que persigue ayudar a vivir la fe y a anunciarla seriamente (con lo que ello tiene de «gratuito» y de ingrato). Y como J. L. me ha dado facilidades de las que anulan su propio horror a la propaganda y a todo juego frívolo ante el servicio a algo sencillo y serio (aunque jamás supriman el temor al desliz), el encuentro ha llegado.

Siete horas con Jiménez Lozano son para mí la medida convencional de un encuentro que no se mide, porque el tiempo se hace una contradicción, se hace instantáneo y se desmanda, y así se supera a sí mismo.

Hablamos mientras fuimos y volvimos entre Valladolid y Alcazarén, en uno de esos días de sol en que noviembre pone en la estepa castellana colores y frescura de vergel sobre la tierra desnuda, salpicada por allí, además, de pinos siempre verdes. Hablamos mientras comíamos, tocados por el sol tras los cristales; y más que al ventanal mirábamos los dos a los sabrosos temas y a unos papeles, impresos unos, otros a máquina, pero gustosos unos y otros. Y hablamos en el cuarto de trabajo de Jiménez Lozano.

Así he sabido por mis ojos de su llaneza y buen sentido castellano, de su inteligencia, de su seria inquietud y algo también de sus inquietudes serias, como

su pasión por la libertad (desde el espacio —naturaleza, suelo, aire, sol— al personal espacio de la conciencia). «Tengo cuarenta y dos años, tres hijos y vivo a gusto en el campo. Me horroriza la ciudad. Me gustan los papeles viejos, las casas viejas y las ideas nuevas. Pero sobre todo la naturaleza.» La llana naturaleza aquella, desde el verde que rodea la mesa en que a veces escribe él en verano, toda jardín de su casa (la primera del pueblo), con corros de pinos a la vista y, sobre los tejados, la torre de la Iglesia. Y el silencio en que todo suena humano y vivo, la voz de los hombres y el ladrido del perro. Me pareció buen sitio para estar con las personas y los pensamientos de la Historia con quienes trata Jiménez Lozano, hasta sentir el hoy de ayer, y el ayer y el mañana de hoy. Creo que Jiménez Lozano se defiende allí de tanta insensatez como nos ronda a todos y a muchos nos enferma. (El va al periódico, a la librería, en Valladolid, y vuelve a Alcazarén.) Allí se refugia, observa, busca, espera, lucha, vive, que todo esto anda en su pensar y en su escribir. Acaso se refugian también allí con él sus propios fantasmas, sus obsesiones y sus fobias. (Acaso se le harán allí más fuertes, hasta en la lucha por liberarse de ellos escribiendo.) Tal vez allí sus propios límites se crecen para cercarle más. Tal vez. Acaso. No puede uno asegurarlo y sólo me atrevo a sospechar y dudar...

Porque también he sabido de sus miedos, obsesiones, ambigüedades y límites. Y, sin yo juzgar —que no es no discernir—, todo me ha sabido a bien. Como sabe lo fresco y espontáneo, lo natural, lo vivo (hoy escasea tanto lo natural y auténtico que sabe a sobrenatural; a eso que, en el fondo, es).

Ahora, cuando J. L. me devuelve la transcripción de nuestro diálogo en torno a su obra, cuando veo cómo ha tachado y corregido, y leo lo que me escribe en una tarjeta, he sabido más de él, he conocido mejor su talante, he distinguido más claramente su persona, su sitio y su obra. Y he decidido redactar así estas páginas y llamarlas «encuentro con J. J. L.», que también esto es fruto, parte y permanencia del encuentro.

«Yo tiraré estos diálogos al cesto de los papeles. No digo nada y lo que digo sin matices. Creo que dan de mí una versión muy falsa o por lo menos muy parcial. Pero, en fin, allá te van.» De nuevo esas facilidades... Comprendo su insatisfacción (su decepción quizá). Pienso que, un poco, le toca porque entra en su talante como una dura cualidad. Un poco. Sé bien que J. L. hubiera sido más espontáneo y matizado, más sabroso también, más él mismo, respondiendo a mis preguntas ante el papel y no ante una grabadora («hablar de uno mismo ante un magnetófono deja ceniza en los labios»). Pero, a la vista de todo, me saben peor mis preguntas que sus respuestas, siendo yo, además, responsable (y a uno le toca por razones de menor calidad —sin duda, por eso mismo, de menor dureza—). Yo diré, robándole al mismo J. L. una frase: «he hecho las cosas buenamente, lealmente, sencillamente...»

También he visto ahora —desde sus correcciones y en la distancia— que en la conversación quizá lo saqué alguna vez de su terreno. De esto, si suce-

dió, ni me arrepiento ni me corrijo (todo va a la imprenta), pues, sabiendo así lo que él no es, comprendemos mejor lo que sí es; viendo cuál no es su sitio, valoramos más lo que nos da.

En su cuarto de trabajo hablamos bajo la mirada de Unamuno, Mauriac, Bernanos, Juan XXIII y la del propio Jiménez Lozano desde una caricatura (caricatura, sí; retrato, no), que exagera su aguda mirada oblicua. Ante un Edicto de la Inquisición (en cuadro, sobre la chimenea, original, con sus bordes comidos) con la signación de los señores Inquisidores y este pie: «nadie lo quite: pena de Excomuni6n mayor». Con un baldos6n a la derecha, en la pared, con su calavera y un «no pensar X peligro de muerte». A la espalda, una pared abarrotada de libros. «Hay otro cuarto lleno».

1—Tus primeros escritos salieron como de «un cristiano en rebeldía» y tu colaboraci6n de ahora en Destino es «Cartas de un cristiano impaciente». ¿Te definen estos adjetivos? ¿Eres así?

—Creo que, en cierta medida, sí. Creo que tengo un talante jansenista, pero entiéndelo bien: el jansenismo no fue casi nunca una teología; fue más que nada un talante, y un talante de rebeldía, de incordio, un talante de defensa de la autonomía personal. Y están también mis simpatías indudables por toda postura de tipo liberal y por el Catolicismo liberal. Y me parece, además, que si un laico entra a hablar dentro de la Iglesia no es para hacer coro a los que están instalados en ella, ni a los que mandan, sino para decir sus cosas; con raz6n o sin ella —no lo sé—, pero para hablar con completa libertad. Puede estar uno muy equivocado, pero no creo en esas cosas que se dicen a propósito de la teología llamada «del laicado»..., de que si se necesita un «mandato»...; yo creo que no. Un cristiano habla en su Iglesia como habla en su casa; alg6n

día para decir tonterías o para dar voces, y otro día para decir: esto me parece bien (las menos veces posibles, porque yo creo que en la Iglesia hay una tendencia, como en toda instituci6n, a sentarse, a apoltronarse en cuanto se dice que algo está bien). Evidentemente, estas cosas de tipo crítico van con mi talante. Yo creo que el talante que yo pueda tener de eso que se llama —con palabra repelente— «intelectual», en su cruz y en su gloria, es crítico. A veces hasta en minucias. Esto es una cruz, porque uno debía y le gustaría alabar muchas veces, pero es un papel que a uno le toca y al que hay que ser fiel. Papel un poco de payaso, a veces, o de buf6n, el de decir: esto está mal, esto también y esto también. Un papel hartoso, pero que alguien tiene que cumplir.

2—Que un seglar se preocupe y se dedique a escribir de «teologías», entre nosotros extraña hasta encasillarle (y esto es un mal síntoma), porque se sale de lo normal. ¿No te sientes inc6modo?

—Creo que muy extraño no es. Evidentemente no hay muchos laicos que

se ocupen de estos temas; pero los hay. El problema, más o menos religioso o metafísico, ha preocupado siempre... Y aunque esta cuestión religiosa aquí, entre nosotros, en España, siempre ha tenido un matiz político, sin embargo, siempre ha habido un pequeño grupo que lo ha entendido en el sentido más radical: el de la fe. Aquí en España, como digo, no mucho, pero ha habido un Unamuno, y siempre ha habido escritores, incluso de los llamados de segunda fila, en los cuales el problema religioso ha tenido una mayor hondura que lo puramente político-social. No digamos por ahí fuera. Yo creo que gran parte de la literatura tiene una preocupación metafísico-religiosa. Un Martin du Gard, un agnóstico si los ha habido, o el caso extremo de Lagerkvist que resulta un teólogo y personalmente era sólo un buscador, pueden ser dos ejemplos. Cuando más o menos yo empecé a escribir eran los años en que aquí estábamos descubriendo a Mauriac, a Maritain... Fue un descubrimiento; una especie de fecundación. Y luego ha estado mi preferencia por la literatura europea, sobre todo, nórdica, tan angustiada... Todo eso me ha creado un interés. Al principio quizá el interés fue más bien, como el de todos, un poco político-social; o casi de cronista vaticano; especialista en vaticanismo, como decía D. Antonio Machado. Pero todo eso no conduce a nada. Es un cotilleo como otro cualquiera (si no de sacristía, de cafetería, pero es igual: gusta mucho, pero a mí... no). Y después he ido adentrándome en el terreno. Aparte de que las preocupaciones

religiosas (o digamos metafísicas, o como queramos llamarlas) y concretamente ya de fe cristiana son un hecho para mí capital, obsesivo a veces.

Dedicación, pues, sí. Y también es verdad que aquí, en cuanto te dedicas un poco a algo, pues resultas un especialista «en curas» o en cuestiones religiosas, quieras o no quieras. Te clasifican, sí. Lo malo es el no poder salir de ahí quizá. Este año me propusieron una colaboración en una revista extranjera de tipo «Play Boy»: «a ver si le quitamos a Vd. de eso». Pero tampoco quisiera coger ahora una fama de erotólogo o de pornógrafo. Porque esa me la cojo y va a ser mucho más difícil de quitármela. Y alternar ahora la teología con la erotología sería el colmo. Resistí, pero estuve tentado, siquiera por sacudirme esta catalogación. Ahora bien, es evidentemente, como te digo, que tengo una preocupación religiosa. Yo creo que todo hombre que se acerque de alguna manera a la condición humana la tiene hoy. Aunque quizá no esté de moda, sobre todo en las literaturas hispánicas. No sé si es porque «no está de moda» o porque esto exige unos ciertos niveles de profundidad y compromiso y agonías personales en los que la gente no está dispuesta meterse porque traen líos, o porque no se tiene esta preocupación realmente, ni como preocupación cultural.

—¿Cuándo empezaste a escribir de estos temas? ¿Cómo empezaste?

—Sucedió por los años cincuenta y tantos, cuando yo estaba estudiando Derecho y haciendo periodismo tam-



bién, y dejó José Luis Martín Descalzo una colaboración de tipo religioso que hacía en el Norte de Castilla. Estaba entonces ya un poco de moda el pensar que si un hombre de chaqueta hablara de estas cosas les daría un poco más de atractivo, sería quizá más «escandaloso», en el buen sentido. Y así empezó la cosa. Y luego ya fue como un autoveneno. Había que estar al tanto de las cosas, había que leer. Y luego he visto que realmente era algo donde he respirado con bastante facilidad. Y esto ha sucedido así, de una manera muy simple, como suceden estas cosas, casi sin buscarlas.

3—Toda tu obra es religiosa. ¿Por qué? ¿Es un servicio a la fe o es obra de oficio? Quiero decir: el hecho de que tu obra sea religiosa, ¿entra en tu estilo o supera toda estilística hasta el punto de que no haya «estilo», sino testimonio?

—Primero, yo creo que se escribe siempre para librarnos de fantasmas, de obsesiones y preocupaciones. Entonces, si estas preocupaciones son religiosas, pues es natural que se escriba sobre estas cuestiones. Pero, además, yo creo que estas cuestiones no sólo afectan muy profundamente a la condición de todo hombre, sino que en las condiciones actuales y en donde uno vive tienen su vigencia y obsesionan también a otras muchas personas.

Pero yo no diría que en toda mi pequeña obra todo tiene primordialmente un sentido religioso. Por ejemplo, «El sambenito» lo encuentro, como ha dicho Gimferrer, en Destino, un

libro más bien político, en donde lo religioso se encuentra implicado naturalmente por desarrollarse en una época de Cristiandad. Pero es un libro fundamentalmente sociológico, político. Es fundamentalmente el problema de las dos España o de la intransigencia. En cuanto al libro de ensayo, «Meditación española sobre la libertad religiosa», el problema de la libertad religiosa lo examino no sólo, o no primordialmente, desde el punto de vista religioso, sino más bien desde el punto de vista de la convivencia y de la historia; de la convivencia civil y de la historia española. Ahora bien, la historia española es una historia que no es laica, que no es separable de lo religioso, y entonces no digo yo tampoco que sea un libro religioso, es un libro más bien histórico, documental, a propósito de un problema civil, que es religioso. El estudio sobre el Ateísmo fue un encargo. El ateísmo es un problema intelectual, y el ateísmo español es un problema histórico muy bonito. (Bonito en el sentido de que es alucinante en su esclarecimiento. En el fondo es, naturalmente, dramático). Tengo otras cosas que son muy laicas y que todavía están sin publicar. (Ahí tengo en el cajón cuatro o cinco cosas de este tipo que aún no he publicado). Pero, sí, yo creo que escribir se hace desde las obsesiones. Evidentemente cuando se es sincero aparece cuál es la propia creencia. Y yo no trato de negarla nunca. Uno debe revelarse como es, sin buscar agradar, sin temor a disgustar. Entonces la creación literaria es un resumen de uno mismo, es fruto de unas preocupaciones y de

unas necesidades interiores. Y de circunstancias externas a veces fortuitas.

—Entonces, quien busque en tus escritos esteticismo y técnica literaria, ¿se equivoca?

—Sí, porque no me preocupan mayormente estas cuestiones; ni la técnica, ni los esteticismos. No es por desprecio. Se puede decir lo que dice Martín du Gard de sí mismo: «yo no soy un escritor artista, ni mucho menos un hombre que escriba para hacer una obra puramente artística, sino para expresar algo», un problema, etc. Esto sitúa la literatura quizá en un segundo plano. Yo trato de expresarme lo más noblemente que puedo, pero evidentemente no busco hacer arte por arte, ni estética por estética. Aunque quizá esto pueda cambiar mañana mismo.

4—Hacia lo religioso va, en general, tu obra. Pero siempre en la historia o desde la historia. ¿Por qué?

—A mí la historia me obsesiona y creo que la he estudiado bastante bien. Y la he entendido en el sentido, por ejemplo, de que ha dado testimonio Castro entre nosotros. O sea, la historia no como documento, puro dato o estudio minucioso, informático de una época, sino en el sentido en que Heidegger, Dilthey o Bultmann nos han dicho que la historia es «res nostra», o sea una cosa que nos está ocurriendo a nosotros, ahora. Es decir, que hubo una época en que sucedieron unos tales acontecimientos, cuyas posibilidades no quedaron agotadas o fueron frustradas. Hay épocas en que es-

tas situaciones se vuelven a «repetir». Entonces, queramos o no, tenemos hoy aquella misma situación. Y hacer historia es hacer una hermenéutica y una transparencia del presente en el pasado, y a la vez una recuperación de este pasado, de aquellas posibilidades y opciones que no se aprovecharon entonces; verlas desplegarse ante nosotros. Es lo que por ejemplo Michelet o D. Américo Castro han hecho con la historia que podríamos llamar científica, aunque tiene mucho de artística y tiene mucho de literaria, o lo que han hecho Brech o Peter Weis o Dieter Forter, y se hace mucho en Europa hoy. Una evocación del pasado, pero no como arqueología o guardarrropía, sino como algo que está sucediendo hoy y por eso está muy cerca de nosotros. Así, por ejemplo, es indudable que esté muy cerca de nosotros una figura como la de Fray Luis, cuyas condiciones existenciales de intelectual y cristiano nuevo coinciden con las nuestras de cristianos nuevos después del Concilio. Por eso podemos comprender mejor a Fray Luis de lo que podemos comprender a figuras cronológicamente más cercanas a nosotros que, aunque estén en el vecino siglo XIX, están mucho más lejanas, porque las circunstancias y vivencias íntimas, y las condiciones a veces objetivas, no son las mismas. Entonces, lo que hacemos es una hermenéutica, una interpretación de la historia y a la vez una lectura de nuestro presente en el pasado. A mí el jansenismo me parece que hoy día es importante en muchos aspectos, y hoy se juega algo de la apuesta jansenista porque

es un poco eterna a través de la historia. Esto puede tratarse científicamente o puede tratarse artísticamente, que es como yo he pretendido hacerlo. Nada más.

5—Enuncia el itinerario de tu obra. Tus escritos hasta hoy.

—Están, por un lado, aquellas colaboraciones en el Norte de Castilla, recogidas en libro bajo el título de «Un cristiano en rebeldía». Y la colaboración de ahora en Destino, esas páginas de «Un cristiano impaciente», y un par de estudios eruditos. Por otro lado, las dos obras de recreación artística publicadas por Destino, «Historia de un otoño» y «El sambenito». (Que no se puede decir que sean las primeras. Hay muchas cosas en el cajón que son anteriores y que irán saliendo. Estas dos cosas han salido, en primer lugar, porque quería liberarme de ellas cuanto antes, casi exclusivamente por esto). Los libros han salido según mi necesidad interior y otras veces por un compromiso editorial sencillamente. Por ejemplo, el libro sobre la Libertad religiosa me fue propuesto por Nova Terra, aunque después salió en Destino. El ensayo sobre el ateísmo me lo propuso Fontanella.

6—¿Qué ecos tienes de tus escritos? ¿Cómo te trata la crítica?

—Los ecos de tipo periodístico son muy interesantes y a veces animan mucho. Pero a mí la opinión de un lector corriente y no especializado, o simplemente de alguien a quien uno ha llegado al corazón, o ha llegado a la inteligencia, o ha desvelado algo, me

interesa mucho más. Creo que esto es el servicio específicamente cultural del escritor. Y que es lo más importante, más que ninguna otra cosa. En cuanto a los libros, la crítica, en general, ha sido muy acogedora conmigo y benévola. Porque podía haber sacado mucha punta de muchas cosas. O creo que es tan inteligente que ha visto bien lo pretendido. Pero soy hombre a quien la crítica, como no me señale una cosa en concreto, no me hace mucha mella. Por lo menos la crítica de tipo positivo. Me anima, es cierto y la agradezco, pero procuro que no me haga mucho efecto. La crítica adversa me ayuda a estar en duda, a seguir desconfiando de mí...

—Pero creo que algunas interpretaciones de ciertos críticos te son discutibles. Aclara algunos equívocos.

—Sí, alguien por ejemplo, ha puesto fuertes reparos a «Historia de un otoño» y a «El sambenito» como novela. Pero yo no he pretendido hacer una novela, y menos una novela moderna, por supuesto. Luego, hay algunas cosas que parecen discutibles: por ejemplo, hablar de tesis. Hay quien ha hablado de tesis. Pero yo no estoy muy seguro de esto. La novela (o la novola o el libro, llamémoslo como se quiera) sobre Port Royal «Historia de un otoño», ha nacido de un trato de muchos años con estos señores jansenistas. No es que yo haya puesto en boca suya mis ideas. Es que estos señores pensaron así. No es que me haya puesto como un novelista del siglo XIX que se metía dentro de sus personajes y sabía y pensaba y de-

cía... La gente se preguntaba: ¿cómo sabe tanto? La novela objetivista ha dicho: ¡caramba! esto es una indecencia, esto es casi un insulto, meterse en la cabeza de los demás... Pero éste no es mi caso, no. Es que yo sé que pensaban así; he convocado simplemente a esos hombres a hablar, hoy. Y no hay tantas ideas mías como pueda parecer a algunos. Incluso ni el P. Duval, que muchos han creído un personaje en el que yo estoy implicado. El P. Duval es un personaje muy moderno, es un francés muy moderno. Toma parte activa en los pródromos jansenistas de la Revolución Francesa. Es mucho más moderno que muchos españoles de hoy. Para él es un problema la libertad, la Inquisición, la fe. Estoy de acuerdo con él con frecuencia, eso sí. Pero no es que yo le haya transcrito tampoco lo que él dice. Estos personajes han nacido de una familiaridad con ellos, a través de un estudio más o menos erudito y de una transfiguración literaria. Y han hablado. Yo sé cómo hablaban: formalmente no como en la novela, pero sí en profundidad. La información histórica creo que en profundidad es exacta. Ahora bien, hay todo un universo no solamente reconstruido, sino reinventado. En «El sambenito», el proceso en su aspecto externo es una argucia retórica o literaria, un «pastiche» como han visto muy bien Delibes o Enrique Sordo. Y creo que todos los críticos —con una sola excepción— lo han visto. Uno, Antonio Valencia, ha visto también que quizás haya mayor profundidad en «Historia de un otoño» que en el «El sambenito». Es más

mía, esto es evidente. Hay también una mayor lejanía de lo que se hace en la literatura española. Aranguren me decía, por ejemplo, que el colmo es sacar una novela jansenista en este país... Pero, en fin, es una cosa que yo creí que debía hacer y lo hice, y... ahí está.

7—¿No te tienta el teatro?

«Historia de un otoño» fue antes unos Diálogos jansenistas. (Probablemente se publiquen. Muchos amigos me han hecho observar que en estos libros hay una intensidad dramática enorme. Pero habría que darles forma teatral, aunque como decía Erwin Piscator: «al fin y al cabo, el teatro es una cosa que hacen los directores», y que él sería capaz de poner en escena la Suma de Santo Tomás, si tuviere dramatismo, aunque estuviese escrita como lo está. Pero de todas maneras, el teatro no me ha tentado.

—¿Y si algún día alguien del mundo del teatro se interesara por «El sambenito» o por esos «Diálogos jansenistas»?

—Pues no sé. Ha habido ya un intento, pero a mí me ha dado miedo. Miedo, o no sé... No he tenido o sentido necesidad de hacerlo. A lo mejor mañana cambio de opinión, pero, de momento, no se ha hecho.

8—En tus páginas se siente palpar nuestra actualidad a través de situaciones, instituciones, problemas, personajes, diálogos. Actualidad española, incluso en un drama tan francés como es «Historia de un otoño». Lo ha vis-

to también la crítica. ¿Hablamos de esta actualidad?

—Mira, yo creo que una obra literaria es un mito, una parábola. Si esta parábola, si este mito funcionan evidentemente los lectores tienen que ver su vida y la realidad que los circunda interpretadas en ese mito: para eso está hecho. Pero decir que se haya pensado en claves o trasposiciones... no he pensado en absoluto en esas cosas ni en una situación concreta. Lo que sí ocurre es que se escribe desde una situación concreta y el presente, según se va escribiendo, se va transparentando en el pasado. Entonces decir: esto es esto, eso es lo otro, pues no. No se trata de claves. Una cosa así sería minimizar o reducir el alcance del cuento, del mito, de la parábola o leyenda. Naturalmente se puede y se debe hacer una lectura del presente, y para eso está escrito. El «Tartufo», de Molière, es algo que se entiende hoy muy bien, aunque el Sr. Llovet no lo hubiera adaptado de la manera en que lo hizo, deformándolo, en mi opinión, ideológicamente: concretándolo. El Tartufo permite y exige una lectura actual más rica y amplia que la que se hizo, instrumentalizándolo. Ojalá «Historia de un otoño» tuviera esa transparencia. Entonces, realmente, sería un libro importante.

9—¿Crees que seguimos necesitando una cierta dosis de jansenismo hoy en nuestra Iglesia?

—Absolutamente, sí. En primer lugar yo creo que un tremendo hándicap del Catolicismo barroco y actual español es la ausencia del sentido del

pecado y de la seriedad de la fe, y esta noble conciencia la posee el jansenismo de una manera profunda. El católico español, desde siempre (no es una casualidad que aquí el jesuitismo del siglo XVIII haya cuajado y que gran parte de los enemigos de Pascal sean los Escobar y los Sánchez), tiene una falta de sentido de seriedad en lo religioso, falta de personalización, de drama, de agonía. Y por eso creo que es necesario el jansenismo. Y luego está el sentido jansenista de la dignidad humana del pensar y el optar. Ni siquiera el Papa, dicen los jansenistas, puede obligarnos a decir que esto que nosotros vemos blanco es negro. Porque esta es una cuestión fáctica, de hecho, y los hechos no son objeto de autoridad. Nosotros estamos acostumbrados un poco a un talante borreguil. Pero para esos hombres de talante jansenista no se trata de ninguna desobediencia en sentido formal. Se trata solamente de una justa defensa de la libertad que el hombre ha de tener para serlo. En esto y en el sentido del pecado —repito— creo que todavía tiene mucho que decir el jansenismo. Entre nosotros y en otros muchos ambientes religiosos y culturales simplemente. Porque también hay un jansenismo laico.

—Desde ese sentido de la digna libertad —en el que no obedecer puede no ser desobediencia, como decías—, ¿crees que la actitud crítica del creyente pueda tener hoy una función positiva de servicio a la verdadera autoridad y a todos?

—Sí. Sin duda alguna. Hay precisa-

mente unas palabras de Bernanos muy oportunas a este respecto. El pensaba que Lamennais había salvado a la Iglesia, a pesar de todo, con su desobediencia. Esto habría que matizarlo mucho, claro. Y no vamos a juzgarlo ahora, pero, evidentemente, a veces una actitud no de desobediencia, sino de testimonio de que la propia libertad y la propia dignidad no pueden ceder en un momento dado, puede ser incluso para la Iglesia un espoleamiento, ¿no? En último término esto ocurre en toda sociedad. A veces obedecer es mucho más fácil que desobedecer, porque no es uno mal visto por los de arriba; se hace la carrera más fácil; no duda uno de sí mismo y está tranquilo. A veces el decir «no» es un verdadero calvario, porque uno tampoco está muy seguro; cree que debe decir que no, pero si no es un fanático, un soberbio o un estúpido, pensará que todo, al fin y al cabo, es muy discutible —incluida la propia postura—, y puede ponerse en cuarentena, y esto es un calvario terrible. Se necesita una determinación personal muy seria y se hace por motivos muy serios, no por una simple cabezonería. Pensar que un hereje como Jan Hus —que hoy no parece tan hereje— dijo que «no» por cabezonería, por soberbia, es algo muy clerical. No; es una convicción muy íntima que no se puede entregar así como así. Sería muy cómodo poder decir siempre que sí y quedar a gusto. Insisto en que a veces es un deber muy difícil decir no.

—Esta actitud crítica dispuesta al no, que tú insertas en la hondura misma de la dignidad y la libertad, y de

la fidelidad a la conciencia, ¿te parece que se identifica con la hoy llamada «contestación»?

—Me parece que sí. No creo que haya nada realmente nuevo. Aunque siempre hay algún matiz nuevo, si no la historia sería un círculo. Y no, la historia va hacia adelante. Pero evidentemente ha habido siempre una contestación, y una contestación que ha revestido caracteres similares a los de hoy. Volviendo, por ejemplo, a «Historia de un otoño» y al tiempo que evoca, hay una contestación digna, seria, de las monjas de Port Royal, cabezotas y a veces extremadas, con su punto de «iluminadas» si cabe. (No fanáticas, desde luego, porque el fanatismo supone una patología y estas mujeres tienen juicio muy claro para darse cuenta de que están defendiendo una cosa que puede ser equivocada). Y luego hay otra contestación, por ejemplo, la del bajo jansenismo, que yo no pinto en el libro más que de una manera parcial; son los contestatarios del cementerio de San Medardo. Eso ya es folklórico, es gusto por decir que no y autocomplacencia. Respecto a la época, por ejemplo, del despertar de la conciencia cristiana me acuerdo ahora de las estudios de Hugo Rahner, sobre la actitud de la Iglesia y el Estado en los primeros tiempos. En ellos vemos un «no» muy claro a arrodillarse ante el César y conceder que el César tenga el mínimo derecho de intromisión en las conciencias de los demás. O recordemos el «no» de Juana de Arco, que, al fin y al cabo, es «no» quitarse los pantalones y ponerse faldas. Parece



una nonada, pero revela una conciencia muy sólida de lo que son sus derechos, y una delimitación de los derechos de la Iglesia oficial para exigirle a ella lo que no tiene ningún derecho a exigirle. Todo esto es eterno en el hombre. Ha habido siempre cristianos que han tenido siempre una conciencia muy «consciente» de ello y que han sido muy cabezotas. A veces por algo que parece nonada, como digo, pero ahí está todo el juego de la dignidad humana y de su sentido cristiano. Lo que es curioso, sin embargo, es que el concepto de libertad eclesial en la Edad Media, pongamos por caso, era infinitamente mucho mayor que el de hoy, y no se le metía a nadie en la cárcel, por ejemplo —en aquella época en que esto era fácil: la cárcel eclesiástica—, y ni siquiera se le aplicaban penas canónicas, porque dijera que «no». Se le respetaba. Se tenía otro sentido mucho más humano y cristiano que el nuestro. Newman, que conocía muy bien la Edad Media y a quien le tocó vivir un tiempo de la Iglesia donde hasta el gesto más pequeño del Papa de no utilizar el gas para alumbrarse pasaba por sacral, estaba indignado ¿cómo es posible que estos cristianos se conviertan en tal manada? La «contestación» no es ciertamente una novedad, es eterna en el espíritu humano.

10 —Escribes para liberarte de fantasmas y obsesiones. Aparece y reaparece en tus escritos, como talante del Catolicismo español, el ser «diferente» («España es diferente»), el ser más difícil aquí ser cristiano; por celtibe-

rismo, por intolerancia, por otras condiciones muy españolas. («¿Por qué es tan difícil ser aquí cristiano?», dice el Gran Inquisidor en «El sambenito»). Dime: ¿será esto una obsesión tuya excesiva y trasnochada, o lo crees real y vigente?

—Yo creo que la herencia histórica está ahí. Todo mi libro «Meditación española sobre la libertad religiosa» está orientado, no a demostrar, pero sí a presentar una interpretación de la historia que creo que es aceptable y que explica de alguna manera por qué nosotros hemos sido diferentes. Y por qué lo somos en gran parte. Hoy, queramos o no, el mundo moderno no se puede frenar como en tiempos de «El sambenito», y el Catolicismo español cada vez será menos autóctono, y nuestros problemas serán —lo son ya— los de todas partes: viene a todas partes la secularidad. Pero el Catolicismo español, por ejemplo, tiene un gran peso popular. Es más popular que de élite. El pueblo sigue viviendo un Catolicismo barroco. Y todo esto, para bien y para mal, tiene sus peculiaridades que me parecen indiscutibles. Hay una peculiaridad evidentemente. La hubo siempre y ahora basta abrir los ojos para verla.

11 —Recojo unas objeciones, unas acusaciones que se te hacen, y te las transmito como en un proceso amistoso:

Eres un librepensador cristiano, sincero, que has tenido la suerte de nacer tarde, librándote así de un sambenito; tu labor es —y es necesaria— hacer ver con ojos cristianos que nuestro ob-

sesionante pasado, en el que se fundían sociedad y religión, defendidas por la Inquisición, responde a planteamientos de situación cristiana que hay que purificar; y que mantener esas posturas como sana tradición es imposibilitar la implantación de la libertad, valor primordial del cristianismo. Pero —se te objeta—, en España, junto a esa rémora, existe ya una gran inquietud con problema de futuro más que de pasado. Se quiere construir de modo acorde con el mundo que debe venir. ¿Se limita tu tarea a hacer posible un clima de libertad religiosa, o a intentarlo, criticando actitudes erróneas del pasado? ¿No tienes nada que decir de cara al futuro?

—Bueno, está muy bien esta objeción. Yo creo que más que una acusación es una comprensión bastante amplia de mí mismo. Frente al futuro lo que tengo es esperanza y una cosa todavía más difícil: un esperanzado escepticismo.

—Se te acusa de quedar regresivo, como un librepensador no comprometido hoy, anclado en una sola dimensión de tiempo y lugar.

—Sí, esto quizá es verdad. Y, si es una limitación la acepto plenamente.

—¿No vives excesivamente obsesionado con problemas trasnochados?

—No sé si el problema de la liberar es un problema trasnochado. Creo que en el mundo al que vamos se nos presentará de una manera agudísima. La revolución estructural se impone en las partes del mundo en que la situa-

ción material es verdaderamente terrible, agónica. Pero por lo que respecta a la vieja Europa los presupuestos clásicos de revolución no creo que tengan nada que hacer. Lo que sí hay que hacer es mantener al hombre como hombre; salvar al hombre de convertirse en una máquina de producción y de consumo. Entonces todo el problema de la dignidad y de la libertad humana está ahí. No creo que sea una cosa del pasado, sino del futuro, y base de una tarea verdaderamente tremenda. Ya no va a ser luchar contra un pequeño tirano como podía ser un rey absoluto o contra una sociedad puramente constrictiva, sino que va a ser una lucha titánica contra todo un mundo tecnológico en donde el hombre no va a poder respirar, donde va a ser lavado su cerebro por los televisores y el cine y por la propaganda de todo tipo. Entonces, ¿cómo mantener el sentido de la libertad y de la independencia, y sobre todo, ese *minimum cultural* que yo creo que es una *infraestructura del ser hombre*? No creo, pues, que sea ésta una preocupación regresiva, sino todo lo contrario, muy importante y actual. Y futura.

—Se te acusa de hacer a veces a la Iglesia una crítica estéril, entreteniendo en todo eso (montajes, mundos y guerrillas clericales) que está sentenciado. ¿Crees que vale la pena ni siquiera ser espectador y criticarlo? ¿No habrá que dedicarse a construir, olvidando el tinglado?

—Sí, es mejor olvidarse de estas cosas. Pero yo no creo que, por lo menos en los últimos años, haya insistido



mucho en el tinglado institucional, porque, además, realmente me tiene sin cuidado. Por ejemplo, del Concordato he dicho muchas veces que me tiene sin cuidado que haya Concordato, que siga el del 53, el del año 1854, el que sea.

—Algunos que toman en serio la fe y adoptan posturas sociales comprometidas, te ven como un reaccionario por tus puntadas al compromiso social y político en relación con la fe. Lo criticas como un simple clericalismo.

—*Es verdad que también he criticado esos aspectos. Y comprendo que algunos pueden haberse sentido heridos... Ese deslizamiento hacia el socialismo o hacia una especie de asunción del marxismo me parece a mí extremadamente criticable y me da miedo de que se pueda hacer ahora una especie de tomismo - leninismo, como decía Santiago Montero Díaz; una especie de asunción de Marx como Santo Tomás lo hizo con Aristóteles. Y tampoco contribuiría absolutamente a nada, y menos a estas alturas, cuando el marxismo sabemos a la tiranía que conduce y tiene ya encima de sí tanta crítica teórica incluso. Es un poco tarde para hacerle la corte y asumirlo. Ahora todo huele a oportunismo. Quizá sea un reaccionario, ¿qué le voy a hacer?*

—Pero, puede uno obsesionarse también con eso y simplificar la cuestión, llegando a confundir cierta «política» (cosa del tinglado o nuevos oportunismos banalizadores de la fe) y «acción comprometida» —con incidencias políticas— desde la fe seria. Si

fuese así, a la vez que atacas una Inquisición apoyarías otra Inquisición o te harías inquisidor de unos nuevos herejes. Porque hoy son perseguidos y condenados algunos heteroprácticos. Incluso la defensa de la ortodoxia no ataca ya tanto (o tan sólo) a los librepensadores en ideas, sino más (o también) a los librepensadores en la acción de las ideas. Esto roza tu miedo a la alianza de la fe con el compromiso social.

—*Sí. Pero no creo que me convierta en inquisidor de nadie. Tengo simplemente ese miedo que te he dicho antes, y me parece una táctica muy clerical la de asumirlo todo. Esto sí: no comprendo cómo se puede casar la fe con el marxismo sin tergiversar a ambos. Esas cosas me parecen incompatibles, pero de una incompatibilidad total y absoluta. En un plano empírico podíamos matizar algo.*

—Creo que alguna vez en «Destino» has matizado bastante. Pero pueden quedar cabos por atar. Por ejemplo: estoy contigo en que los problemas básicos hoy son los de la fe, su seriedad, su contenido, Jesucristo. Ahora bien, así como se dan esos coqueteos y ligues con el marxismo, y también hay actitudes snob socio - políticas y neoclericales de izquierda (sin que dejen de existir las de derechas), también algunos descubren exigencias de compromiso humano, social y político, en una relectura del Evangelio, en la aceptación seria de Jesucristo, en el contenido de su mensaje y de su obra, en la fe tomada absolutamente en serio, en la historia (fuera de la cual se vacían

la fe y el Evangelio y Jesucristo). Esto nos lleva a otro cabo que podría quedar suelto y acaso haya que atar: la relación fe-cultura. Tú te lamentas repetidamente de lo cortos que hemos sido... Pues hoy la cultura adquiere nuevas dimensiones, el saber encuentra otros caminos y el hombre y los pueblos se configuran con nuevos niveles, entre los que «lo político» adquiere un sentido que, por fuerza, tiene que tener repercusiones graves en la relación fe-cultura.

—*La traducción política de la fe de un cristiano es algo esencial. Esto es evidente. Es un escándalo desde siempre que un cristiano, por ejemplo, haya estado del lado de los poderosos. Sólo unos ojos muy ciegos o interesados han podido pasar por ello o han creído poder pasar por ello. Por el contrario, una actitud de libertad y justicia, es la expresión misma de la fe, que dándose en una sociedad, en el sentido de polis, tiene que ser política. En esto estoy completamente de acuerdo.*

—Hablan algunos hoy de una ruptura epistemológica, incluso en el conocer o encontrar la verdad (cito a Gustavo Gutiérrez). Yo relacionaría esto con tu preocupación sobre la razón y la fe, con tu preocupación de que en otras épocas en que la razón se limitaba al pensar, la fe fuese tan ciega y no admitiese el discurrir de la razón, a la vez que, por otro lado, a

veces lo asumía indebidamente. (Hablas del disparate y las malas consecuencias de una asunción del aristotelismo por la teología, a la vez que matizas que hubo un momento en que fue auténtica, pero luego se desvió). Pues, estos señores dicen ahora que en el pensar humano hay un modo de conocer la verdad que no es teórico, sino que incluye «hacer la verdad». Lo cual, por otro lado, está en la Revelación como una exigencia de la fe: Creer implica hacer la verdad en el amor.

—*Sin duda. Después de Kant y de Marx esto es innegable. El horizonte epistemológico es completamente distinto. No está en el puro plano de lo racional; está en lo empírico; está en lo humano; está en lo experimental; está en lo histórico. Evidentemente esto es verdad. Pero yo no saco de esto las mismas consecuencias que el señor Gutiérrez y la famosa «teología de la liberación». Lo siento.*

12 —Abramos un punto que cierre esta conversación, dejando abierto el encuentro a nuevos diálogos: ¿Cuál «es» y cuál «será» el futuro de tu obra?

—*¿El futuro? De momento tengo otra novela que está en prensa. Un libro de artículos y unos cuentos. Y luego por ahí hay otras cinco o seis cosas más. Pero la trayectoria nunca sabes cuál va a ser. Uno no sabe lo que mañana pensará y hará. Puede uno cambiar radicalmente.*

«Puede uno cambiar radicalmente», pero me parece que José Jiménez Lozano (y no es que yo lo vea encasillado ni que lo clasifique) vivirá su «profesión» escrita hace cuatro años —bien que no en futuro, sino en presente— en la



segunda edición a «Un cristiano en rebeldía»: «El autor, por lo demás, sigue en lucha con la pluma en esta cristiandad española». Personalmente lo espero. Por él, por mí, por todos.

Todo permanece. Y cuando el encuentro se aclara, en la distancia, pienso que la pasión por la libertad de este J. J. L., y su buen olfato hacia ella, es lo que le mueve a hurgar sabiamente por la Historia y le permite entenderse a maravilla con gente de más futuro hoy que muchos de los vivientes que presumen de actuales. Y pienso que esa pasión y ese olfato le hacen venir de tantas cosas cuando otros van a ellas. Si de «reacción» viene «reaccionario», sin duda que lo es Jiménez Lozano. Pero tendría yo que aguardar a vivir bastante aún, y muy lúcidamente, para decidir si le aplico este adjetivo como algunos se lo aplican ante ciertas reacciones de quien se permite estar de vuelta de cosas a las que otros están yendo e irán más todavía. (O acaso no sean la mismas cosas —aunque lo parezcan— esas de las que él vuelve y esas a las que van algunos). En un tiempo y una sociedad como los nuestros, la inteligencia con el buen sentido y la llaneza, aliadas a la seriedad y al amor apasionado a la libertad libre hasta dosis jansenista y volteriana, han de sumar —por fuerza— algo explosivo y capaz de engendrar insatisfacciones, complejos y miedos— a la vez que serenidad y humor—, y reacciones y voces tan llenas de sabiduría, de seriedad, de formidable fuerza crítica y saludable tozudez (fidelidad), como tocadas de ambigüedades aún no discernibles, y recortadas por la parcialidad y los límites de quien, por otra parte, nada tiene de sabelotodo y tiene mucho de buscador insatisfecho siempre. ¡Y es tan inmensa la verdad que buscamos, tan alta, ancha y honda, y tanto nos trasciende! (tanto como nuestra fe), que cada uno busca, desbordado, en su propia parcela. ¿Quién, pues, no será «parcial» y relativo? Dios.

Pienso todo esto cuando reencuentro a Jiménez Lozano en el breve y delicioso prólogo que su amigo José Luis Aranguren escribe a una selección de sus artículos en «Destino», libro que está saliendo de la imprenta. Cuando leo, de quien tan bien puede comprenderle, que J. L. «está en su sitio, donde cree que le corresponde estar». En mis cavilaciones, cedo paso, y así cierro la evocación de este encuentro, al párrafo final del profesor Aranguren sobre Jiménez Lozano: «Nuestro amigo lleva su zumba dentro, está de vuelta de muchas cosas y, sin fuegos artificiales de paradojas, se me figura como un Chesterton de poco tamaño físico, sombrerito y mucha sabiduría de la que no se aprende en los libros —y él lee muchos— dentro. De vuelta de muchas cosas sí, pero no de todas. «Impaciente» sí, pero con esperanza. Y entre sus otras cualidades, ésta es la que llamaría yo, para hablar, al modo conceptista, con Baltasar Gracián, su «quilate rey»: el saber hasta dónde puede llegar y desde dónde no cabe ya sino esperar».

Teófilo Cabestrero

sumario de este cuaderno

<i>una explicación</i>	1
bernardino m. hernando: <i>introducción a los «papeles» de José Jiménez Lozano</i>	3
gabriel campo villegas: <i>«el sambenito». ante la inquisición en parábola</i>	11
teófilo cabestrero: <i>encuentro con José Jiménez Lozano</i>	18

José Jiménez Lozano, vecino de Alcazarén, no padece la menor obsesión de estar "à la page" (expresión que, a su vez, ya no está ella misma "à la page": fracaso de todas las carreras contra el reloj). Está bien enterado de lo que ocurre por el mundo en cuanto a cristianismo, pero no tiene especialísimo interés en exhibirlo. Ni tampoco empacho, aunque no esté de moda, en pedir la recuperación del sentido del pecado o, como él dice, una cierta dosis de jansenismo.

No, Jiménez Lozano no tiene especial empeño en convencernos —como hacen otros, a veces sin conseguirlo— de que "milita en la izquierda progresiva". Está en su sitio, donde cree que le corresponde estar.

Nuestro amigo lleva su zumba dentro, está de vuelta de muchas cosas y, sin fuegos artificiales de paradojas, se me figura como un Chesterton de poco tamaño físico, sombrerito y mucha sabiduría de la que no se aprende en los libros —y él lee muchos— dentro. De vuelta de muchas cosas, sí, pero no de todas. "Impaciente" sí, pero con esperanza. Y entre sus otras cualidades, ésta es la que llamaría yo, para hablar, al modo conceptista, con Baltasar Gracián, su "quilate rey": el saber hasta dónde puede llegar, y desde dónde no cabe ya sino esperar.

JOSE LUIS L. ARANGUREN

MISION abierta

al
servicio
de la
fe

buen suceso, 22 - madrid (8)